

«¿Es Celuta, conocida en toda la colonia por haber librado de las llamas á uno de nuestros mas valientes oficiales. ¿No es posible que la hermosura de esta generosa india haya encendido ciertas pasiones que prosigan hoy su venganza en la cabeza de un inocente? No emito esta proposicion por meras conjeturas. Esta misma noche he examinado todos los papeles, he hecho investigaciones y me he procurado la carta que voy leer al consejo.»



CELUTA EN LA CAVERNA DE LAS RELIQUIAS.

«puede engañar. ¿La justicia debe proceder atropelladamente? ¿No debe oír á los testigos en favor del acusado? No ignoro que una comision militar juzga sin apelacion y sumariamente; pero esta rápida tramitacion no escluye la justicia. Me basta para prueba de la inocencia del acusado el paso que le entrega hoy á la cuchilla de la ley. ¿Cómo! ¿no temeis aceptar esa cabeza que ha venido á ofrecerse espontáneamente por la de un anciano? Fácil es perseguir á un hombre sin amigos ni protectores; fácil prodigarle los epítetos de vagabundo y de traidor; pero la sola presencia de mi cliente ha desmentido esas trastreras calumnias. En fin, aun cuando se persista en una acusacion basada en hechos destituidos de pruebas, yo sostengo que René ya no es francés, y que ningun derecho teneis para juzgarle.»

«Ignoro los motivos que han podido inducir al hombre que hoy comparece ante vosotros, á dejar la Francia; pero nadie puede poner en duda el derecho de mudar de patria. Si un tirano nos aherroja, si un enemigo nos persigue, si hemos sido vendidos en nuestras mas caras afecciones, ¿no nos será posible ir á buscar en otros paises menos ingratos, la libertad, el reposo y el olvido del amor ó de la amistad vendidos? La naturaleza sería en este caso mas generosa que los hombres, puesto que abre sus desiertos al desgraciado, y no le dice: Habitarás tal ó cual bosque; sino: Elije los asilos que mas se adaptan á las disposiciones de tu alma. ¿Os atreveréis á sostener que los salvajes de la Luisiana son

Pedro de Harlay leyó una carta fechada en el fuerte de Rosalia, y escrita por el granadero Santiago á su madre, que residia en Nueva-Orleans. El soldado espresaba con toda la franqueza militar su admiracion á su capitán d' Artaguette, su aprecio á René, su compasion á Celuta y su desprecio á Febriano y á Onduré.

«Esta carta, continuó el defensor de René, presenta un carácter de honradez y de verdad que no

«vasallos del rey de Francia? ¡Abandonad tan odiosa y insensata pretension! Harto tiempo han gemido en injusta opresion estos pueblos, que gozaban de la felicidad y de la independenciam antes que hubiésemos introducido en su patria la esclavitud y la corrupcion. Soldados-jueces, hoy ceñis dos espadas: Dios os ha entregado la cuchilla de su poder y la de su justicia; temed devolvérselas embotadas ó manchadas; se embota la primera cuando se hiere la libertad; se mancha la segunda cuando se derrama la sangre inocente.»

El orador calló; el auditorio estaba visiblemente conmovido. Adelaida, oculta en una tribuna, no pudo menos de aplaudir al defensor, y esta fue la mas dulce recompensa de Harlay; aquella pareja, próxima á unirse con los lazos de un amor venturoso, tomaba á impulso de una noble simpatia, la defensa del extranjero que debía á una pasion amorosa todas sus desdichas.

Mandóse retirar al acusado, y los jueces deliberaron; inclinábanse á hallar culpable á René; pero se dividieron en la cuestion de derecho relativa al cambio de patria, por lo que aplazaron la sentencia para el dia siguiente. René dijo á Harlay: «Yo no os conocia cuando me negué á veros; no os doy gracias, porque me habeis defendido demasiado bien. Decid á la hija del gobernador que le desearia la mas duradera felicidad si mis votos no fuesen maldiciones.»

El presunto reo fue trasladado de nuevo á la pri-

sion entre dos filas de traficantes de esclavos, de marineros extranjeros, y de negociantes de todos los paises y todos los colores, que le llenaban de denuestos sin saber por qué.

René, ya en la torre de la cárcel, deseó escribir algunas cartas, y el alcaide le llevó una grosera hoja de papel, un poco de tinta en el fondo de un vaso roto y una pluma vieja; dejando luego á su preso, cerró la puerta que reforzó con dobles cerrojos. Al verse solo, René se arrodilló al borde de la cama, cuya tabla le servia de mesa; y alumbrado por la es-

casa luz que penetraba á través de las barras de una reja, escribió á Chactas encargándole tradujese las dos cartas que le incluía para Celuta y Outougamiz.

La mujer del alcaide entró en el calabozo, acompañada de un niño de seis ó siete años que le ayudaba á llevar una parte de la comida. René preguntó á aquella mujer si podria proporcionarle algun libro, á lo que le respondió que solo tenia la Biblia, y él le pidió este libro sagrado. Adelaida no habia olvidado á René; y cuando este pidió una lámpara para pasarla



OUTOUGAMIZ EN LA ROCA DEL CONSEJO.

noche, el alcaide, á quien los presentes de la hija del gobernador habian inspirado mas humanidad, no se la negó.

Al dia siguiente halláronse en las márgenes de la Biblia algunas palabras que apenas podian leerse. Al lado del cuarto versículo del séptimo capítulo del *Eclesiástico*, podian descifrarse estas palabras:

«¿Cuán verdadero es esto: *La tristeza del corazón es una llaga universal!* En la amargura nos duelen todas las partes del cuerpo; los huesos quebrantados

no hallan un lecho bastante blando. Todo es triste para el desgraciado; todo brota sangre como su corazón: *¡es una llaga universal!*»

Otros pasajes estaban comentados en el mismo espíritu.

Este primer versículo del décimo capítulo de Job: *Mi alma está fatigada de mi vida*; estaba subrayado.

Una de las furiosas tempestades del equinoccio de primavera habia estallado durante la noche: mugian

los vientos, las olas del río se hinclaban como las del mar, y la lluvia caía á torrentes. René creyó percibir algunos vagos quejidos á través del ronco estrépito de la tempestad; por lo que, cerrando la Biblia, se acercó á la reja y escuchó atentamente, pero ningun rumor oyó. Al retirarse, los quejidos volvieron á hacerse oír; y al acercarse de nuevo á la reja, llegaron á sus oídos los ya perceptibles acentos de una voz femenil. Separando entonces la tabla que cubría la reja, miró á través de sus barras y á la luz de un farol que el viento agitaba, creyó ver á una mujer sentada sobre un guardacanton en frente de la cárcel. «¡Desgraciada criatura! le gritó René: ¿por qué no te guardares de la tempestad? ¿Necesitas algun socorro?»

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vio á aquella especie de fantasma levantarse y dirigirse al pie de la torrecilla. El hermano de Amelia reconoció el traje de una india, y una ráfaga de luz del farol hirió al mismo tiempo su pálido semblante: ¡era Celuta! René cayó de rodillas y con una voz ahogada por los sollozos, exclamó: «¡Dios omnipotente, salva á esta mujer!» Celuta oyó esta breve plegaria, y sus entrañas de esposa y de madre se estremecieron de alegría, permaneciendo algunos momentos sin poder articular ni una palabra, hasta que al fin recordando su voz, dijo: «¡Guerrero! ¿dónde estás, que no te veo entre la sombra y la lluvia? Escúsame si te importuno; he venido para servirte. ¡Mira á tu hija!»

—¡Mujer! respondió René, tu virtud es escesiva; ¡retírate! busca un abrigo, y no arriesgues tu vida y la de nuestra hija. ¡Oh! ¿quién te ha traído aquí? La afligida Celuta replicó: «Nada temas, pues soy fuerte; ¿ignoras que soy india? Si en algo te he disgustado castigame, pero no me despidas.»

Esta respuesta rompió el corazón de René. «¡Quebrida mía, le dijo, ángel de luz, huye de esta tierra de tinieblas! aquí estás en una caverna donde los hombres te devorarán. A lo menos, en este momento procura hallar algun albergue; ya volverás si quieres, cuando la tormenta se haya aplacado.»

Este permiso venció en apariencia la heroica resistencia de Celuta. «Bendice á tu hija, dijo á su esposo, antes que me aleje; el pajarillo ha quedado sin sustento, porque su padre no ha podido ir á buscarle semillas á la sábana.»

Esto diciendo, la desvalida madre abrió el desgarrado manto empapado en agua, bajo el cual abrigaba á su tierna hija, y levantó esta hácia la torrecilla para que recibiese la bendición paternal. Enternecido René, sacó sus manos á través de la reja, y extendiéndolas sobre la inocente Amelia, dijo con un acento á que la tormenta y la noche prestaban mayor solemnidad: «¡Hija mía! ¡te queda tu madre!»

Esta ocultó de nuevo su tesoro en su seno y fingió que se retiraba; pero no volvió á la piragua que la había traído, y se detuvo á corta distancia de la cárcel.

Celuta, Mila y Outougamiz habían llegado al fuerte de Rosalia en el momento en que Adario, despues de haber ahogado á su nieto, acababa de ser sepultado en los calabozos, y fueron detenidos como parientes y cómplices del sachem y de René. La colonia se creía próxima á verse atacada por los natchez, y no se veía otra cosa que hombres y mujeres ocupados en poner en seguridad sus muebles y los rebaños de sus habitaciones, en levantar reductos y en abrir fosos, mientras los soldados ocupaban sobre las armas todas las avenidas del fuerte. El movimiento de la multitud había separado á Celuta de Mila y de Outougamiz, que al intentar defender á esta, porque su rara hermosura provocaba las soeces demasías de una turba desenfrenada, fue tratado de la manera mas bárbara.

Chactas no estaba ya en el fuerte cuando la hija de Tabamica fue á él á pedir noticias relativas al viaje de René. Los salvajes habían sustraído al sachem á favor del tumulto, restituyéndole á los Natchez; pero Celuta halló á su acostumbrado protector. El peligro, que parecia inminente, había obligado á Chepar á levantar el arresto de d' Artaguette, que encontró á Celuta cuando Febriano la hacia conducir presa, animado de la impura esperanza que no disimulaba. «¡Reclamo á mi hermana! dijo el animoso capitán, dando á Febriano un rudo empujón; quedo responsable al general. En cuanto á ti, añadió mirando al villano soldado hasta el fondo de su alma, ya sabes dónde me hallarás.»

Despues de haber llevado á Celuta á una casa situada á orillas del río, el capitán envió al granadero Santiago en busca de la negra Glarzina, que hablaba el natche. Esta pobre mujer acudió con su hijo, y sirvió de guía á otra mujer no menos desgraciada. D' Artaguette dijo entonces á Celuta que René había marchado á Nueva-Orleans para solicitar la libertad de Adario. «No he podido detenerlo, añadió, y acaso no tengo sino un momento para salvarte; ¿á dónde quieres ir?»

—¡A buscar á mi esposo! respondió Celuta. Glarzina tradujo fácilmente estas sencillas palabras, porque el idioma y el corazón de las esposas y de las madres son idénticos bajo las palmeras de Africa y bajo los magnolias de las Floridas.

Unos yazous que se hallaban en el fuerte, se disponían á marchar á Nueva-Orleans, por lo que d' Artaguette propuso á su hermana adoptiva confiarla á aquellos salvajes, y ella aceptó gustosa esta proposición. El capitán le entregó una carta para el general d' Artaguette y otra para Harlay, recomendando los infelices esposos á su hermano y á su amigo. Celuta se embarcó en las piraguas, que desplegaron al soplo del Norte sus velas de junco y de plumas.

La flotilla de los yazous llegó á Nueva-Orleans el día en que René compareciera ante el consejo. Celuta no pudo desembarcar hasta la noche, habiendo, para colmo de infortunio, perdido las cartas del capitán; y como apenas sabía algunas palabras francesas, pidió al cacique indio, que iba con frecuencia á Nueva-Orleans á cambiar pieles por armas, que se informase del paradero de René. El salvaje no dejó de averiguar lo que Celuta anhelaba, y supo que el hijo adoptivo de Chactas estaba encerrado en la choza de sangre (1), y que seria fusilado: tal era el rumor popular.

La hija de Tabamica, lejos de abatirse al oír tan tristes nuevas, sintió que su alma se fortalecía; la mujer tímida y reservada que se ruborizaba á la sola vista de un extranjero, sintióse repentinamente animada del valor necesario para presentarse en una ciudad llena de blancos, y preguntó al cacique si sabia donde estaba la choza de sangre y si podría acompañarla á ella; habiendo el salvaje respondido afirmativamente, Celuta le siguió llevando á su Amelia en brazos. La noche estaba muy adelantada y la lluvia empezaba á caer cuando llegaron al tenebroso edificio, que el yazou mostró á la natche, diciéndole: «¡He ahí lo que buscas!» y volvió á su piragua.

Sola en la calle, Celuta contemplaba las altas paredes de la cárcel, sus torrecillas, sus dobles puertas, sus estrechos postigos y sus mezquinas ventanas defendidas por espesas rejas; mansion formidable que presentaba ya el antiguo aspecto del dolor en una tierra nueva, en una colonia de un día. Los europeos no tenían ni una sepultura en América, cuando ya habían construido calabozos: ¡estos eran los únicos monumentos del pasado para aquella sociedad sin ascendientes y sin recuerdos!

(1) La cárcel.

Consternada al aspecto de aquella bastilla, Celuta quedó al pronto inmóvil, mas luego llamó con temor á una puerta, cuyo centinela la obligó á retirarse; en vista de esto, dió la vuelta á la prision por calles cada vez mas desiertas; el cielo entre tanto continuaba encapotándose, y el estampido de los truenos se multiplicaba cuando la infeliz se sentó en el guardacanton en donde la descubriera René desde su encierro; colocó luego su hija en sus rodillas y se inclinó sobre ella para resguardarla de la lluvia y calentarla al abrigo de su corazón. Habiéndola un trueno horroroso hecho levantar los ojos, vió una débil claridad que salía de una reja; desde entonces, movida por un instinto secreto, no cesó de mirar la luz que alumbraba el objeto de tan tierno y fiel amor. Celuta llamó repetidas veces á René, pero el viento apagaba sus gritos. Entonces empezó á entonar largas canciones, cuyas tristes melodías y quejumbrosas palabras le sirvieron á la vez para hacerse oír de su esposo y adormecer á su hija.

La desventurada madre, despues de reconocida por René, se retiró llena de sumision. A escasa distancia se sintió desfallecer; sus miembros estaban entorpecidos, y el frío y la lluvia habían penetrado hasta su hija, que se helaba en el seno materno.

Celuta recorria con miradas de dolor aquellos desiertos habitados, donde ni una cabaña se abría para consolar sus miserias, cuando descubrió á pocos pasos una luz que parecia salir de la tierra. Abrióse, en esto, una trampa, y una mujer de edad provecia asomó la cabeza para ver si la tormenta empezaba á alejarse; la vieja, viendo á Celuta, exclamó: «¡Pobre india! ¡baja pronto aquí!» Esto diciendo, acabó de levantar la trampa, y adelantando su rugosa mano ayudó á la esposa de René á bajar á la cueva, que volvió á cerrar.

No se veía en aquella especie de subterráneo sino una miserable y desventurada cama, á la cual servia de cortina una grosera tela clavada á una viga. Dos pedazos de leña verde arrojaban, sin consumirse, en un ancho hogar, espesas humaredas; un fementido candil pendiente de una escarpia, ardía en el negro rincón del hogar, y un mal taburete colocado delante de un torno de hilar algodón, anunciaba el trabajo de la dueña, de aquel prosaico zaquizamí.

La vieja arrojó al fuego algunas astillas, y ofreciendo su taburete á Celuta, quiso hacerle los honores de la casa.

«Mujer-Jefe de la cabaña profunda, le dijo esta, tú eres una matrona, y debes ser la luz del consejo de los guerreros blancos, si he de juzgarte por tu hospitalidad. A tí te pertenece sentarte en la estera, pues yo soy todavía una madre joven.»

Celuta se sentó en la piedra del hogar, y desnudando á su hija de sus pañales empapados en agua, la acercó á él.

«¡Ola! ¡tenemos aquí una chiquita, dijo la vieja, en la lengua de su huésped. ¿Eres natche? Yo he estado mucho tiempo en ese país; pero tú, querida mía, ¿cuán mejada estás! ¡te allije alguna enfermedad? ¡Y con una criatura!...»

Celuta se anegó en lágrimas al oír estas afectuosas palabras en su idioma nativo, y se arrojó al cuello de la matrona, que le dijo: «¡Espera! ¡espera!» Y se dirigió con pié vacilante á su cama, tomó la pobre manta, la calentó á la lumbre, desnudó á Celuta, aunque á su pesar de una parte de sus vestidos, y la cubrió con ella á la par de la inocente Amelia.

«Venerable mujer blanca, tan bondadosa como la mujer negra del fuerte, decia Celuta, mucho me allije no haberte recibido en mi cabaña.»

Pero la anciana blanca nada oía, porque se ocupaba en calentar en una calabaza la leche que ofreció á la india, la cual se vió precisada á acercarla á sus labios para no desairar á su huésped.

Esta tomó entonces á la tierna Amelia; y cubriéndola con su delantal, le cantaba con voz cascada y la hacia bailar delante del fuego, á lo que la niña sonreía. Celuta miraba aquellas caricias con ojos de madre, mientras consagraba todos sus pensamientos á su esposo.

«Santiago era lo mismo, lo mismo cuando pequeño, dijo la vieja; ¡tan buen niño que nunca lloraba! únicamente se diferenciaba de esta joya en que tenia los cabellos mas negros.»

«¿Quién es ese Santiago?» preguntó al punto Celuta.

«¡Cómo! respondió vivamente la vieja; ¡Santiago, mi hijo! todo el mundo lo conoce; ¡vaya! es uno de los mas gallardos granaderos que sirven en las tropas del rey, y tambien uno de los mas valientes. ¡Hijo mío! él me mantiene, que sin sus ausilios yo no podría vivir, porque soy ya demasiado vieja para trabajar. Mucho siento no tener su última carta, pues te la hubiera leído; si el capitán d' Artaguette supiese lo que mi Santiago dice de él, se envaneciera no poco. Santiago y el capitán fueron juntos á buscar un gentil mañicebo llamado René, á una gran caverna, donde...»

Celuta interrumpió esta efusion del cariño y del orgullo maternas, abrazando de nuevo á su huésped y exclamó sollozando: «¡Gran Espíritu! ¿tú veres la madre de ese pobre guerrero, camarada de mi buen hermano d' Artaguette? ¡la madre de ese guerrero es la que me recibe en su cabaña!»

«¿Qué tienes?» preguntó la alarmada anciana. «¿Qué tengo?» respondió Celuta; ¿no soy la esposa de René?»

«¡Cómo! exclamó sorprendida á su vez la madre de Santiago; ¿eres tú esa Celuta que salvó al capitán? ¡Y por esto quieren dar muerte á tu marido!» Este golpe rasgó el corazón de Celuta, que cayó desmayada.

Pero recobrada en breve, merced á los cuidados de su caritativa huésped, dijo á esta: «¡Mujer blanca! ya raya el día; déjame, pues, volver á la choza de sangre, que quiero reunirme á mi marido.» Este deseo pareció muy justo á la vieja, que cubriendo su cabeza con una colia blanca y sus hombros con un reducido pañuelo encarnado, tomó su muleta y se preparó á acompañar á la india á la cárcel.

«No puedo culparte, decia á Celuta; si Santiago hace algun rasgo de virtud, y en castigo es enviado á la cárcel, yo le acompañaría.»

Celuta vestida de nuevo con su túnica india, y habiendo envuelto á su hija en unas pieles secas, subió los escalones perpendiculares que conducian á la trampa, seguida de la vieja que caminaba con lento paso; cuando llegaron á la calle, la tempestad se había aplacado ya. El sol, que salía de una noche caliginosa, alumbraba el río, los campos y la ciudad, no de otro modo que salieron radiantes de su lóbrega cueva las dos maravillas del amor conyugal y del amor maternal.

«Nos acercamos á la cárcel, dijo la madre de Santiago, pero no te abrirán la puerta y no podrás hablar á René; soy de opinion que vayamos á casa del gobernador.» Celuta se dejó conducir por su venerable y sensible huésped.

Y se pusieron en camino, durante el cual oyeron un confuso rumor de campanas y de música; la vieja se santiguó, pues la campana tañía á muerto, y se adelantó hácia el palacio del gobierno, donde la bulliciosa música anunciaba un festín.

En celebridad del cercano enlace de Adelaida con el defensor de René habíase dado un baile, no obstante el proceso de este y la ruda tormenta de la noche, pues el carácter del gobernador era no variar en un ápice las cosas preparadas, á despecho de los acontecimientos. El baile duraba aun al amanecer.

La madre de Santiago y Celuta entraron en los primeros patios del palacio, donde los esclavos blancos y negros que á sus dueños esperaban, se agolparon en derredor de ellas; las carcajadas y los insultos fueron, como de costumbre, prodigados al infortunio y á la juventud que se presentaban al amparo de la ancianidad y de la indigencia. «Si Santiago estuviese aquí, decía la vieja, ¡cuán pronto os obligaría á abrirme paso!»

Las dos desvalidas llegaron no sin trabajo hasta los soldados de guardia de las puertas, los que al reconocer la madre de su compañero de armas la dejaron pasar; pero un poco mas lejos fueron detenidas por el conserje. El festín concluía y los convidados empezaban á salir: Adelaida se asomó entonces á una ventana con Harlay. Estos generosos jóvenes hablaban con calor y se mostraban indiferentes al júbilo general, cuando al mirar al patio vieron las dos mujeres á quienes el conserje rechazaba. El traje indio llamó la atención de Adelaida, que hizo una seña á la vieja para que se acercara debajo del balcón: «Mi joven señorita, dijo alentada la madre del bravo granadero; la esposa de René, que aquí veis, desea hablar á vuestro padre; pero se nos niega la entrada.»

«¡La esposa del preso! gritó Adelaida; ¡la joven salvaje que salvó de la hoguera al capitán d' Artaguette!» Y Adelaida, obedeciendo el impulso de su noble corazón, abrió presurosa las poco antes inaccesibles puertas, y ataviada con todas las galas del baile de un brillante himeneo, se precipitó al encuentro de la sin ventura Celuta. Esta le presentaba su tierna hija y le decía: «¡Jóven mujer blanca! El Gran Espíritu te bendecirá, y darás á luz un pequeño guerrero que será mas feliz que mi hija!»

«¡Cuánto siento no comprenderla! decía Adelaida ven su generosa impaciencia; nunca he oído una voz mas dulce.»

Celuta se mostraba en la pompa de sus adversidades revestida de una hermosura divina; sus negros cabellos sombreaban su pálida frente; sus rasgados ojos expresaban el amor y la melancolía, y Amelia, estrechada con gracia sobre el amigo seno, ostentaba su faz risueña al lado del abatido semblante de su madre: nunca se prestaran tantos mutuos atractivos el infortunio, la inocencia y la virtud.

Mientras todos rodeaban á Celuta, oyóse por fuera pronunciar estas palabras en medio de la multitud: «¡No pasarás!» Una voz de hombre respondía con amenazas, pero en un idioma desconocido. El movimiento aumentaba, y un salvaje que defendía á una mujer, se debatía entre los soldados, y empujado una y otra vez, llegó hasta la puerta del palacio. El salvaje decía, encendidós en furor sus ojos:

«He venido á buscar á mi amigo, por mandato de este manitú (y enseñaba una cadena de oro); á nadie intento hacer daño; pero ¿hay aquí un guerrero que se atreva á impedirme el paso?»

«¡Mi hermano! ¡mi hermano!» exclamó Celuta. «¡Oh! gritó Mila; ¡Outougamiz, hé aquí á tu hermana!»

La madre de Santiago explicaba este coloquio á Adelaida, que hizo entrar á los tres salvajes en el palacio.

«¡Buen manitú! decía Mila abrazando á su amiga; ¡cuánto aborrezco estas carnes blancas! Hemos llamado á sus cabañas pidiendo hospitalidad, y nos han maltratado. ¡Y qué chozas tan anchas y tan feas! ¡Y qué guerreros tan salvajes!»

«¡Hablas demasiado! dijo Outougamiz á Mila. Busquemos á Ononthio, (1) pues es preciso que me devuelva mi amigo ahora mismo.»

Outougamiz dejó á Celuta, y seguido de Mila hendía la muchedumbre á través de las salas. Los espec-

(1) El gobernador.

tadores miraban llenos de sorpresa aquella singular pareja, que abstraída en un sentimiento exclusivo, no daba señal alguna de experimentar mas admiración en aquel mundo tan nuevo para ella, que si estuviese en sus bosques.

«No me declareis la guerra, decía Outougamiz, que continuaba avanzando, porque habriaís de arrepentiros.» Y haciendo girar su maza con rara agilidad, abría á Mila un ancho camino. La confusión llegó á su colmo. Cesó la música, el baile fue interrumpido y las mujeres se dispersaron aterradas. El estrépito de los coches que se alejaban aceleradamente, los redobles de los tambores que llamaban á los soldados, y las repetidas voces de los oficiales que les mandaban tomar las armas, avivaban el terror y aumentaban aquel infundado desorden. Adelaida, la madre de Santiago, Celuta, Mila y Outougamiz se vieron arrebatados y dispersos por la muchedumbre: el gobernador miró con gran disgusto semejante escena.

Entre tanto, habíase reunido el consejo de guerra para dictar la sentencia que debía ser leída á René en la cárcel. Los cargos, examinados de nuevo, no parecieron bastante graves para motivar la pena capital; pero se le condenó á ser deportado á Francia, como perturbador del sosiego de la colonia. Una fragata de la marina real debía hacerse á la vela dentro de algunas horas, y el gobernador, irritado por el motín de que René había sido objeto, mandó ejecutar sin dilación la sentencia, y trasladarle á bordo de la fragata.

René tuvo noticia casi á la vez de la sentencia que le espulsaba de la Lusiana y de su ejecución. Hubiérase regocijado si le hubiesen condenado á muerte, pero le desesperaba la idea del destierro, porque enviarle á Francia era devolverle al origen de todas sus desdichas. Aquel hombre, extranjero en el globo, buscaba en vano un recóndito asilo donde reclinar la cansada cabeza, pues donde quiera se había dejado ver había acarreado calamidades. ¿Qué hallaría en Europa? una mujer desgraciada. ¿Qué dejaba en América? una mujer desgraciada. Así en el mundo como en el desierto, su paso había sido sellado por amargos padecimientos. La fatalidad que le seguía le rechazaba de entrambos hemisferios; no podía llegar á una playa sin suscitarse tempestades; y sin patria entre dos patrias, no quedaba mas abrigo que el Océano á su alma aislada, inmensa y borrascosa como él.

En vano pidió René no sufrir el suplicio de la existencia; en vano solicitó la conmutación de la sentencia de vida por un misericordioso fallo de muerte, pues no fue escuchado. Deseó hablar á Celuta, pero no se quiso conceder que esta fuese su legítima esposa, y se le negó toda comunicación con ella, para evitar escenas que perturbarían, según se decía, la tranquilidad pública.

La llegada de algunos yazous, seguida de la de Outougamiz, había dado margen á mil rumores absurdos, pues se aseguraba que muchos salvajes se habían introducido en la ciudad con el fin de librar á su jefe, el guerrero blanco. Estos rumores parecieron bastante alarmantes al gobernador, para mandar que la infantería y la caballería ocupasen la calle por donde René debía dirigirse desde la cárcel al río.

El palacio del gobierno no estaba lejos de la prisión, por lo que Celuta, siguiendo la corriente de la muchedumbre, se encontró en breve delante del sombrío edificio cuya memoria estaba harto grabada en su alma. El torrente popular se había ensanchado y detenido; Celuta ignoraba lo que ocurría, pero al ver aquella muchedumbre en derredor de la choza de sangre, comprendió que un nuevo desastre amagaba la cabeza de René. Rechazada por un pueblo enemigo de los salvajes, solo halló piedad entre los soldados, quienes la dejaron entrar en sus filas. Las manos ar-

madas son casi siempre generosas, porque nada es mas amigo del infortunio que la gloria.

Así trascurrieron dos eternas horas, cuando un movimiento general anunció la traslación del preso. Un piquete de dragones con sable desenvainado, salió del patio interior de la cárcel; seguía un destacamento de infantería, á cuya espalda y entre otros soldados marchaba René.

Celuta se arrojó desalada, y cayó con su hija á los pies de su esposo; este se inclinó sobre ellas y las bendijo de nuevo, pero le faltó la voz para despedirse por última vez de su esposa y de su hija. La comitiva se detuvo, y los soldados vertían lágrimas de ternura. Celuta se levantó, rodeó á René con sus brazos y exclamó: «¿A dónde lleváis este guerrero? ¿Por qué me impediríais que le siga? ¿Acaso su país no es el mio?»

«¡Celuta mía! decía René, vuelve á tus bosques, vé á embellecer con tu virtud alguna soledad no profanada por la planta sacrilega de los europeos; déjame sufrir solo mi suerte aciaga, que demasiado te he hecho participar de ella.»

«Hé aquí mis manos, respondió Celuta; cargadlas de hierros; obliguéseme como á Adario á trabajar sobre el surco abierto por mí; yo seré feliz si René vive á mi lado. ¡Ten compasión de tu hija, que he llevado en mi seno! Permite que te siga como tu esclava, como la mujer negra de los blancos. ¿Me negarás esta merced?»

Esta escena empezaba á enternecer á la implacable muchedumbre á quien un momento antes parecía demasiado benigna la sentencia, y que hubiera saludado con ahullidos de bárbaro gozo la muerte de René. El comisario encargado de la ejecución de la sentencia mandó á los esposos que se separasen y prosiguiesen su camino; pero un salvaje, que encorvándose pasó bajo el vientre de los caballos, se reunió á la desventurada pareja y exclamó: «¡Aquí estoy otra vez! Yo, que le he librado de los illnesses, sabré librarle también de vuestras manos, guerreros de la carne blanca!»

«¡Así es! dijo Mila, saliendo á su vez de la muchedumbre.»

«Y si mi Santiago estuviese aquí no habría sucedido esto, añadió una vieja.»

Obligados á su pesar á obedecer, los militares alejaron á Celuta, Mila, Outougamiz y la madre de Santiago, y René fue trasladado á la orilla del Meschacébé. El bote de la fragata, servido por doce robustos marineros y protegido por algunos soldados de marina, esperaba al preso, que al fin entró en él. Al silbido del pito del piloto, los doce marineros dejaron caer á la vez sus remos sobre el río, y el bote se deslizó ligero sobre las aguas como el aplastado guijarro que arrojado por la mano de un niño, hiere las olas, se levanta y salta una y otra vez desflorando su superficie.

Celuta se había arrastrado, por decirlo así, hasta el muelle. Una fragata estaba surta en el Meschacébé; y habiendo virado á pico sobre un áncora, sumergía un poco su popa; su pabellón ondeaba en el palo mayor, sus velas estaban medio desplegadas, y se descubría á los marineros maniobrando en todas las vergas y una gran animación en el puente. El bote llegó á la fragata, y todos los que en él iban subieron á su bordo; hecho esto, el bote fue levantado y suspendido á la popa de aquella, de la cual salieron de repente una ráfaga de fuego y un humo espeso, retumbando por los aires el cañonazo de leva, que fue contestado con prolongadas aclamaciones desde la orilla. Celuta, que había visto á René á bordo, cayó desmayada sobre unos cargamentos de mercancías que cubrían el muelle.

Entonces se arrojó al río un salvaje, que se esforzaba en seguir á nado la fragata que volaba á im-

pulso de una fuerte brisa, mientras una india pugnaba entre los brazos de los que le impedían arrojarle también al río.

Mas como de improvisó resonase un murmullo lejano que se acercaba por momentos, la muchedumbre que empezaba á dispersarse se aglomeró de nuevo y vió llegar presuroso á un oficial que decía á los soldados que le seguían: «¿Dónde está? ¿dónde está?» á lo que los soldados respondieron: «¡Aquí, mi capitán!» mostrándole á Celuta, desvanecida sobre los cargamentos. D' Artaguette se precipitó á sus pies y le dijo: «¡Mujer! ¡Reciba tu alma en la mansión de paz, donde habita, los votos del que te debe la vida, y á quien honrabas con el dulce título de hermano!»

A estas palabras, los soldados hincaron en tierra una rodilla como su capitán: la muchedumbre, arrastrada por ese amor á lo bello que se apodera en ciertos casos hasta de las inteligencias mas vulgares, se arrojó á su vez y oró por la india; el sordo estruendo del río que azotaba sus márgenes, acompañaba aquella sublime y silenciosa oración, y la mano de Dios pesaba sobre la cabeza de tantos hombres, involuntariamente postrados á los pies de la virtud.

Celuta no daba señal alguna de vida: el profundo letargo en que yacía se parecía enteramente á la muerte; pero Amelia vivía sobre su seno y parecía comunicar algún calor al corazón materno. La esposa de René tenía la cabeza inclinada sobre la de su hija, como si al darle el postrer beso hubiese espirado en este acto de ternura maternal.

En aquel momento se notició á d' Artaguette que cerca de allí, otra india no cesaba de llorar. «¡Es Mila! exclamó el capitán; decidle mi nombre y vendrá al momento.» Los soldados llevaron en brazos á Mila, desordenado el cabello, maltratado el rostro y en girones el vestido. Pero no bien Mila hubo reconocido á d' Artaguette, se arrojó á él gritando: «¡Este guerrero tiene una buena carne blanca, y no me impedirá morir!» Y suspendiendo sus brazos del cuello del humanitario capitán, asíase fuertemente á él.

Pero al ver de pronto á Celuta, dejó á este y se precipitó sobre su amiga diciendo: «¡Celuta! madre, ¡y mas que madre mía! ¡hermana de Outougamiz! ¡esposa de René! ¡Soy Mila! ¡Y está desamparada! ¿cómo haré para enterrar tus huesos, no estando en los Natchez, y no habiendo aquí sino malvados que no entienden el lenguaje de los sepulcros?» En esto los soldados hicieron un movimiento y dijeron: «¡Entrad, entrad, madre nuestra!» Y la madre de Santiago, con su cofia blanca, su pañuelo encarnado y su muleta, entró en el círculo de los granaderos.

«¡Mi capitán! dijo á d' Artaguette; yo soy la madre de Santiago, que vengo también á ver lo que por aquí pasa. Ya soy muy vieja, como dice el conserje Harlay, que es todo un hombre de bien, y ¡bendito sea Dios! porque ya no se encuentran.

La honrada vieja, al ver á Celuta exclamó: «¡Buen Dios! ¿no es esta la joven á quien he dado de cenar esta noche? ¡Cuánto os elogiaba, mi capitán! ¡Pobre anciana! respondió d' Artaguette; ¡solo tú, en una ciudad populosa has recibido, abrigado y alimentado á Celuta! ¡y sin otro auxilio que el mío sero haber de un digno soldado!»

La madre de Santiago, que examinaba atentamente á Celuta, que tomó una de sus manos. «¡Retírate, maestra blanca! le dijo entonces Mila; tú no sabes llorar!»

«¡Sé llorar tan bien como tu! replicó en natche la venerable francesa.

«¡Maga! exclamó asustada Mila; ¿quién te ha enseñado la lengua de las carnes rojas?»

«¡Capitán! dijo la madre de Santiago, sin escuchar á Mila; esta joven no está muerta; ¡dadle prontos auxilios! y mil voces repitieron: ¡no está muerta!

Celuta daba en efecto algunas señales de vida. «¡Vamos, granaderos! dijo la vieja, á quien se permitía todo; es preciso salvar á la mujer que ha salvado á vuestro capitán; llevemos la madre y la hija á casa del general d' Artaguette.»

Un dragon prestó su capote, y en él se acostó á Celuta. Mila tomó en sus brazos á la tierna Amelia, y no lloraba mas que Outougamiz y René. Algunos soldados, levantando el capote por sus estremidades, trasladaron blandamente á la hija de Tabamica, siguiéndoles la impresionable muchedumbre.

El sol en su ocaso, cubría con una red de oro las sábanas y la aplastada copa de extraños árboles en la orilla occidental del río; en la oriental, la metrópoli de la Luisiana oponía sus brilladoras vidrieras á los postreros reflejos del día, y los campanarios descolaban sobre las aguas á manera de flechas de fuego. El Meschacébé hacia rodar entre estos dos soberbios cuadros sus olas de rosa, mientras las rápidas piraguas de los salvajes y los enormes bajeles de los europeos ostentaban á la vista sus mástiles y sus velas teñidas en la deslumbradora púrpura de la tarde.

Acomodada en una cama en un salón de la casa del hermano del capitán d' Artaguette, Celuta no hablaba aun; sus entreabiertos ojos estaban envueltos en una sombra que les robaba la luz. Súbitos gritos de ¡viva el rey! resonaron en la parte exterior, y la puerta de la sala se abrió estrepitosamente. El granadero Santiago, con la cabeza descubierta, sin capote y ceñido por un fuerte cinturón, se dejó ver y dijo: «¡Ved-les aquí!» René entró con Outougamiz, y el asombro y la alegría embargaron la voz de los circunstantes.

«Mi capitán, continuó el granadero dirigiendo á éste la palabra, he cumplido vuestras órdenes; pero me han entregado la comunicacion demasiado tarde y la fragata se habia dado á la vela. He corrido con la posible celeridad á través de las lagunas, para alcanzarla en el *Grand Detour*; afortunadamente se habia visto obligada á echar el ancla, porque el viento se le habia vuelto contrario. Me arrojé al agua para llegar á nado á bordo, y encontré en medio del río á este terrible salvaje á quien habia visto en el combate del fuerte de Rosalia, y que estaba próximo á ahogarse cuando llegué á él.

Mila voló á los brazos de Outougamiz. René estaba al lado de Celuta; Santiago sostenía conmovido á su anciana madre, que le enjugaba la frente y los cabellos, y Adelaida y Harlay fueron á reunirse á sus amigos.

Celuta empezaba á hacer oír algunas palabras inarticuladas, llenas de estremada dulzura. «Viene de la patria de los ángeles, dijo el capitán, y trae su lenguaje: dijo el capitán Mila, que miraba atentamente á Adelaida, decía: «¡Es Celuta resucitada en mujer blanca!» Todos los corazones estaban benchidos de los mas bellos sentimientos: la religion, el amor, la amistad y el agradecimiento se mezclaban al dulce consuelo que sigue á un gran dolor. Aquella escena no era un completo regreso á la felicidad, pero era un benigno rayo de sol que rompía las negras nubes de la tempestad. El alma del hombre, tan accesible á la esperanza, gozaba con avidez de aquel rayo de luz, ¡ay! ¡harto fugaz! «¡Todos lloran aun, decía Mila; pero es como si riesen!»

Aquellos encuentros tan misteriosos en la apariencia, tenían una explicacion muy sencilla. El capitán d' Artaguette habia salvado y librado alternativamente en el fuerte de Rosalia, á René, Celuta, Mila y Outougamiz; y Outougamiz, Mila y Celuta habian seguido á René á Nueva-Orleans, guiados por su amor al infortunio, habiendo los tres llegado con pocas horas de diferencia, para tomar parte en unas escenas de luto y tiranía.

Por otra parte, Onduré se habia visto espuesto á

ser cogido en sus propias redes, pues si habia provocado una violencia de Chepar contra Adario y Chactas, para librarse de la influencia de estos dos ancianos, no esperaba la escena que produjo la esclavitud del primero de estos sachems. Temia que semejantes violencias hiciesen abortar todos sus planes, produciendo un rompimiento prematuro entre franceses y salvajes. En tamaño apuro, el edil, fecundo siempre en recursos, se apresuró á ofrecer las tierras en rescate de Adario; Chepar aceptó este cambio, y d' Artaguette fue encargado de llevar estas estipulaciones á Nueva-Orleans.

El capitán llegó en el momento que el consejo acababa de sentenciar á René; y despues de anunciar al gobernador la terminacion de los disturbios, reclamó el preso como su amigo y hermano, exhibiendo además cartas de Europa que probaban que René pertenecía á una familia poderosa. Este descubrimiento influyó mas que cualquiera otra consideracion en el ánimo de un hombre á la vez prudente y ambicioso.

«Si creéis dijo el gobernador al capitán, que este negocio se ha atropellado, aun es tiempo de enviar una contra-orden; pero nadie vuelva á hablarme de ese René, en cuyo favor Harlay y Adelaida no han cesado de importunarme por espacio de tres días.»

Firmóse, pues, la orden para que el preso fuese puesto en libertad; pero habiéndose entregado demasiado tarde, hubiera sido inútil sin el heroico arrojo del granadero Santiago, pues el capitán habia llevado consigo á tan fiel militar. Mientras este seguía la fragata, noticioso d' Artaguette de todas las circunstancias de la presentacion de Celuta, Mila y Outougamiz, se apresuró á buscar estos tres desgraciados, habiendo sido conducido por sus granaderos al lugar donde halló á Celuta próxima á espirar.

La felicidad ó lo que parecia felicidad, comparada con los males del día anterior devolvió á la esposa de René sino todas sus fuerzas á lo menos todo su amor. El capitán y su hermano el general se propusieron dar á sus amigos una fiesta de confianza, muy diferente de la que habia entrevisto Celuta en el palacio del gobernador. Adelaida y Harlay fueron convidados en primer lugar, y lo fueron tambien el valiente Santiago y su virtuosa madre. La risueña quinta del general quedó á disposicion de sus huéspedes, y Mila y Outougamiz se posesionaron de ella cual si fuera su cabaña.

Esta sencilla y amable pareja, no bien advirtió que todos estaban contentos, de nadie volvió á acordarse; y despues de haber recorrido á su placer todas las habitaciones de la quinta, y de haberse mirado repetidas veces en los espejos, habiase retirado á un gabinete lleno de todas las galas propias del sexo femenino.

—¡Y bien! dijo Mila; ¿qué piensas de esta gran choza?

—Yo, respondió Outougamiz, nada pienso.

—¡Cómo! ¿nada piensas? replicó Mila encolerizada.

—Escucha; hablas ahora como una carne blanca, y no te entiendo. Ya sabes que no tengo talento; pero cuando los ingleses ó los franceses hacen prisionero á René, corro en su busca. Para esto no necesito pensar, y absolutamente no quiero pensar, porque creo que este es el mal manitú de René.

—¡Outougamiz! dijo Mila cruzando los brazos y sentándose en la alfombra; me haces morir de vergüenza entre estas carnes blancas, y es preciso que te lleve cuanto antes. ¡Me he lucido, siguiéndote! ¿Qué dirá mi madre? Pero te casarás conmigo; ¿no es verdad?

—¡Ciertamente! pero en mi cabaña y no en esta choza tan grande y tan fea. ¿Has visto ese sachem vestido de negro que estaba colgado de la pared, que

no se movía y me seguía siempre con la vista? (1).

—Es un espíritu. La gran sala donde me veía cuatro veces, (2) me gusta bastante; pero solo es buena para los blancos, entre quienes hay mas cuerpos que almas.

—¿No hablas de la sala de las sombras? pues á mí me disgusta mucho, porque veía en ella muchas Milas, y no sabía á cual amar; ¡Tornemos á nuestros bosques! ¡no estamos bien aquí!

—¡Tienes razón! temo ser sentenciada como René.

—¿Cómo! ¿sentenciada tú?

—¿Por qué no? ¿acaso no te amo? ¿no me compadezco de los que padecen? ¿no soy justa, hermosa, noble y desinteresada? ¿No basta esto para que me sentencien y me quiten la vida, puesto que no por otra cosa querian quitársela á René?»

—¡Partamos, Mila! Levisima nube de la luna de las flores, la mañana no te sonrosaría aquí en un cielo azul; no esparcirías el rocío sobre la yerba del valle; no te mecerías al soplo amigo de las brisas perfumadas. ¡Bajo el cielo nebuloso de las carnes blancas, tu faz se oscurecería; la lluvia de la tempestad se desprendería de tu seno, y te quebrantaría el viento de las tempestades!»

Mila recordó que la hora del festín se acercaba. Habiéndole dicho que todo lo que veía en el gabinete era para ella, se puso delante de un espejo y se probó los trajes que no sabía arreglar, concluyendo no obstante con improvisarse de velos, plumas, cintas y flores un traje que no hubiera desdenado la Grecia. Seguida de Outougamiz, dirigióse á la sala del festín, con cierta mezcla de orgullo y de timidez.

Celuta se mostró tambien muy ataviada; pero á la manera india, pues habia rehusado un vestido europeo, á pesar de las instancias de Adelaida. Sentada en un sillón, recibía las demostraciones de aprecio que le eran prodigadas, con una confusion encantadora, aunque sin ese aire de inferioridad que imprime en los pueblos civilizados una educacion servil; no dejaba traslucir otro sentimiento que el de ese noble rubor que los beneficios reflejan en un semblante ingenuo.

Mila fue la alegría del festín. Todas las miradas se dirigian hacia Outougamiz, cuyos prodigios de amistad habia referido René. «¡Cuánto se parece á su hermana!» decía Adelaida, que no se cansaba de mirarle. «¡Qué hermano y que hermana!» repetía. Al oír los nombres de hermano y hermana, René bajó su cabeza.

«Mila la blanca, dijo la futura esposa de Outougamiz á Adelaida; aunque te ries, yo tengo mi talle tan bien ceñido como el tuyo.» Como René servía de intérprete, Adelaida le encargó preguntase á Mila por qué le llamaba Mila la blanca. Mila puso su mano sobre el corazón de Harlay que estaba á su lado, y luego sobre el de Adelaida que se ruborizó; la jóven india rompió en una carcajada diciendo: «¡Bien!» Pregúntame ahora, por qué te llamo Mila la blanca! Así me ruborizo yo cuando miro á Outougamiz.»

Nadie, empero, puede romper la cadena de su destino: durante la comida, d' Artaguette recibió una carta del fuerte de Rosalia, escrita por el padre Souel que habia vuelto provisionalmente á los Natchez; en la carta se decía que acababa de ser enviada al gobernador general una nueva acusacion contra René; que no obstante el rescate de Adario, reinaban aun grandes temores; que habian partido de los Natchez diferentes emisarios con miras secretas; que Onduré acusaba á Chactas y á Adario del envío de los emisarios, siendo lo verosímil que estas negociaciones ocultas con las naciones indias fuesen

(1) Un retrato.

(2) Unos espejos.

obra del mismo Onduré y de la Mujer-Jefe. El padre Souel terminaba diciendo que si René habia recobrado su libertad, le aconsejaba no permaneciese ni un momento en Nueva-Orleans, pues le parecia que su vida peligraba.

D' Artaguette leyó esta carta á René despues de la comida, y le invitó regresase al punto á los Natchez. «Yo tambien, añadió, partiré sin demora para el fuerte, por lo cual volveremos á hallarnos en breve.» Por lo que respecta á Celuta, nada temas; en este momento le sería imposible seguirte, pero mi hermano, Adelaida y Harlay le servirán de familia, y cuando se halle enteramente restablecida, regresará á su país; entonces tu mismo podrás venir á buscarla á alguna distancia de Nueva-Orleans.»

René quiso anunciar su inesperada partida á Celuta; pero el médico se opuso, diciendo que no se hallaba en estado de sostener una emocion violenta y prolongada. El capitán se encargó de comunicar á su hermana india la triste nueva cuando René estuviese lejos, y se proponía hacer mas llevadero este golpe, valiéndose de cuantas precauciones sugiere la amistad.

Antes de abandonar á Nueva-Orleans, el hermano de Amelia dió gracias á sus huéspedes, á Santiago y su madre, al general d' Artaguette, á Adelaida y Harlay. «Yo soy, les dijo, un hombre extraño á vuestros ojos; pero tal vez mi recuerdo os será menos penoso que mi presencia.»

René corrió á ver á su esposa, á quien halló casi feliz, teniendo á su hija dormida sobre su seno. Estrechó á entrambas sobre su corazón con no acostumbrada ternura; ¿volvería á ver á Celuta? y ¿en qué circunstancias tornaría á verla? Nada era mas desgarrador que el contemplar la felicidad de Celuta; habia gozado tan pocas! ¡y parecia gozar de aquella en el momento de una separacion que podia ser eterna! Asustada al ver las estremadas demostraciones de cariño de su esposo, le dijo: «Te despidas de mí?» René enmudeció. ¡Desgraciado aquel á quien estrechaba un hombre cuyos brazos ahogaban la felicidad!

Aquella misma noche René salió de Nueva-Orleans con Outougamiz y Mila, y subieron el río en una canoa india. Al llegar á los Natchez, se presentó á sus ojos una escena inesperada.

Muchos colonos practicaban grandes desmontes hasta el centro de la gran ciudad y al rededor del templo del sol; los salvajes los miraban trabajar con indiferencia y parecia habian abandonado al extranjero la tierra en que descansaban los huesos de sus abuelos.

Los tres viajeros vieron á Adario que pasaba á corta distancia; corrieron hácia él, y al ruido de sus pasos el sachem volvió la cabeza, haciendo un movimiento de horror al ver á René. Tocó la mano, mas rehusó tomarla en la suya; ¡y René acababa de ofrecer su vida para comprar la de Adario!

«¡Tío mio! dijo Outougamiz, ¿quieres que rompa la cabeza á esos extranjeros que siembran en el campo de la patria? ¡No! ¡Todo está arreglado! respondió Adario con sombrío acento; y se internó en un bosque.

Outougamiz dijo á Mila: «¡Ya lo ves! los sachems han arreglado todo, no falta ya sino realizar nuestro matrimonio.» Mila volvió á casa de su madre, cuya cólera hubo de arrostrar; pero la aplacó diciéndole que iba á casarse con Outougamiz. René se dirigió á la cabaña de Chactas, que estaba próximo á partir con una mision cerca de los ingleses de la Georgia.

Arbitro ya de la nacion, Onduré habia ocultado á Chactas un proyecto que la virtud de este hubiera rechazado; le alejaba para que no concurriese al consejo general de los indios, en el que debia descubrirse el plan del conspirador.